

Un perfume derramado

La profecía en el Antiguo Testamento

*El profeta
del Antiguo
Testamento no sólo
hace patente una
denuncia ante
Dios por los delitos
en contra del ser
humano, sino que,
en su querella,
también los
sentimientos de
dolor de Dios
por las
injusticias
que se cometen
y por
el extravío de
la humanidad.*

*P. Arturo
Moscoso Pacheco, sj.*

Introducción

La profecía, como dice Jaime Reynés, es como un perfume. Antes del cautiverio estaba en el frasco grande de los profetas. De vez en cuando ellos lo abrían y se derramaba el perfume. La violencia del cautiverio rompió el frasco y el perfume se vertió en todo el pueblo. Ya no existe el frasco, pero el perfume persiste hasta nuestros días y más fuerte que antes.

Por esta razón, primero de todo, enseñaré el frasco e intentaré, junto a ustedes, exhalar las esencias de este el perfume como la querella, la indignación, el dolor, la pasión y, en un segundo momento, insinuar cómo nació y se desplegó en la historia del pueblo el perfume de los profetas. Porque al igual que ayer, las condiciones sociales que denunciaron no mejoraron grandemente. Quizás tuvieron una pequeña influencia en ciertas personas pero no cambiaron al pueblo, ni tampoco su situación. Aunque la situación de injusticia, exclusión y marginación no haya cambiado, si hoy seguimos viviendo, o al menos, sintonizando y anhelando el mensaje profético, significa que sirvió de algo. Como diría Julio Aguilera, un poeta guatemalteco:

*“Con un verso, es verdad,
no botas a un tirano.*

Con un verso no llevas pan y techo al niño vagabundo,
ni llevas medicinas al campesino enfermo.
sobre todo, no puedes hacerlo ahora mismo.

Pero... vamos a ver:

Un verso bien nacido y vigoroso,
y otro más encendido,
y otro más desvelo,
y otro verso más fuerte y más veraz,
le dan vida a un suelo que recogieron tierno,
y este sueño de muchos, ya nutrido,
se vuelve una conciencia,
y esta conciencia, una pasión, un ansia...
Hasta que un día, todo –sueño, conciencia, anhelo–
compacto se organiza... [...]

Más aún, el compromiso con la profecía, brota de la iniciativa de Dios, de un Dios que camina entre nosotras y nosotros, porque es el Emmanuel, el "*Dios con nosotros*". De ahí que el profetismo se aferró a la experiencia de Dios, la cual fue, como ahora, múltiple y difícilmente evaluable (Am 7,15; Is 52,6; Ez 1,1). Todo el mundo se siente *llamado a y elegido para...* Por esto, es necesario hundir las raíces en los profetas y profetisas del Antiguo Testamento que nos señalan el querer y sueño de Dios para con su pueblo, que desde siempre ha sido el mismo: "*He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia*" (Jn 10,10).

1. *Las esencias del perfume*

1.1. La querella del profeta¹

El profeta del Antiguo Testamento no sólo hace patente una denuncia ante Dios por los delitos en contra del ser humano, sino que, en su querella, también expresa los sentimientos de dolor de Dios por las injusticias que se cometen y por el extravío de la humanidad. El profeta al declarar, acusar y levantar cargos por el pecado individual y social y el culto falso o falseado, denuncia con dolor un estado de cosas que van en contra de la vida y de la dignidad humana.

Pone pleito a los administradores del país. El profeta levanta su palabra, en nombre de Dios, contra el rey que, lejos de salvaguardar la causa del indigente y del desamparado, del injustamente perseguido, del refugiado e inmigrante, del huérfano y de la viuda, se hace causante o encubridor de su explotación y avasallamiento. "Acostados en camas de marfil, arrellanados en sus lechos, comen cordeles del rebaño y becerros sacados del establo" (Am 6,4).

Y junto al rey, todo su séquito o gobierno de consejeros tenidos por sabios y religiosos: una comparsa de jueces vendidos y corruptos, una tropa de jefes civiles, militares y hasta creyentes que asaltan

¹ El Diccionario de la Real Academia Española dice *Querella*: expresión de un dolor físico o de un sentimiento doloroso. Acusación ante un juez.

el trabajo, piden tributos abusivos al pueblo y santiguan la patraña; una banda de consejeros políticos y jefes diplomáticos que confían en su saber o en la fuerza y llevan a alianzas y guerras destructoras de la nación. “Ay de los que cambian en ajeno el juicio y tiran por tie-rra la justicia [...] ¡oh opresores del justo, que aceptan soborno y atropellan al pobre en la puerta!” (Am 5,7.12). “Ay de la ciudad opresora [...] sus príncipes, en medio de ella, son leones rugientes, sus jueces, lobos de la tarde, que no dejan” (Sof 3,1.3).

El profeta pleitea contra los administradores de la viña del Señor, viñadores asesinos, “ustedes han incendiado la viña, la han robado. Pero qué les importa! Trituran a mi pueblo y muelen el rostro de los pobres” (Is 3,14-15).

Pone pleito a los ricos y hartados. El profeta levanta su voz, principalmente dura, contra los ricos que amasaron riquezas a costa de hacer harina a los trabajadores. “Escuchen los que pisotean al pobre [...] achicando la medida y aumentando el peso, falsificando balanzas de fraude, comprando por dinero a los débiles y al pobre por un par de sandalias” (Am 8,5.6). “Ay de aquellos que codician campos y los roban, casa y las usurpan” (Miq 2,2).

Contra los dirigentes corruptos que acaparan tierras, casas y propiedades; contra los negociantes usureros que, prestando dinero con intereses a los pobres campesinos, compran al pobre “*por un par de sandalias*”; comercian con el hambre de los demás; hacen trampas en las pesas y medidas de sus ventas; falsifican hasta los productos vitales; despilfarran en lujos y

orgías, en refinamientos y fiestas, sin dolerse de la miseria de sus hermanos; se embriagan y hasta ofrecen cultos a costa del hambre de aquellos a quienes ha explotado. “Ay, de los que despertando por la mañana, andan tras el licor [...]. Ay de los que llaman al mal bien y al bien mal [...]. Ay de los sabios a sus propios ojos [...]. Ay, de los campeones en beber vino, [...], los que absuelven al malo por soborno y quitan a los justos su derecho” (Is 5,11. 20.21.22.23).

El profeta lanza su grito por tanto crimen que llega, subiendo al cielo, hasta los oídos de Dios, “Ay de quien amontona lo que no es suyo [...] Ay de quien gana ganancia inmoral para su casa [...] Ay de quien edifica una ciudad con sangre y funda un pueblo en la injusticia” (Hab 2,6.9. 12).

Pone pleito al mal sacerdote, al pastor perdido. El profeta levanta su voz, aunque no nos guste, también contra los sacerdotes, maestros de la Ley del Señor, que muchas veces arrinconan las leyes de justicia y omiten el amparo de los empobrecidos y vejados, enmudeciendo ante el avasallamiento y el crimen y hasta convirtiéndose en cómplices del culto como medio de lucro o cobertura ideológica de la opresión. “Escuchen esto, sacerdotes [...] han ahondado la fosa de la perversión” (Os 5,2), “sólo contigo es mi pleito sacerdote [...] ya que tú has rechazado el saber yo te rechazaré a ti de mi sacerdocio” (Am 4,6), “sus sacerdotes enseñan por salario” (Miq 3,11), “Ay de la ciudad opresora [...] sus sacerdotes profanan lo que es santo y violan la ley” (Sof 3,1.4), “¡Ay del pastor inútil que abandona las ovejas!” (Zac 11,17).

Pone pleito a los falsos profetas. El profeta levanta su voz contra los profetas que engañan al pueblo hablando de paz y tranquilidad sin tener una palabra contra la injusticia y falsedad; contra esos profetas falsos que crean una falsa seguridad en el pueblo, una alienación religiosa en nombre de un Dios que no ha puesto esas palabras en su boca. “Así dice el Señor contra los profetas que extravían a mi pueblo, lo que, mientras mascan con sus dientes, gritan: ¡Paz!” (Miq 3,5), “sus profetas vaticinan por dinero” (Miq 3,11), “Ay de la ciudad opresora [...] sus profetas, fanfarrones, hombres traisoneiros [...]” (Sof 3,1.4).

Pone pleito a la falsa seguridad y confianza supersticiosa en lugares y prácticas “sagradas”. El profeta embiste, con peligro de pasar por sacrílego e irreverente, contra el culto encubridor de injusticias y crímenes, contra el rito ajeno a las exigencias éticas de justicia y derecho del Dios de Israel y, contra el santuario del Señor por la falsa seguridad y confianza supersticiosa en lugares y prácticas “sagradas”; por la pretensión mágica de manipular a Dios a base de cultos solemnes y fastuosos. “Porque yo quiero misericordia, no sacrificio, conocimiento de Dios, más que holocaustos” (Os 6,6).

En esto Isaías es indudablemente claro: “¿A mí que tanto sacrificio? –dice el Señor– Harto estoy de holocaustos de carneros y de sebo de sebones [...] No sigan trayendo oblación vana, el humo del incienso me resulta detestable [...] Sus manos están llenas de sangre [...] Desistan de hacer el mal, aprendan a hacer el bien, busquen lo justo, den sus derechos al opri-

mido, hagan justicia al huérfano y aboguen por la viuda” (Is 1,11.13.15.16-17).

Pone pleito contra la idolatría, contra los dioses de muerte. El profeta levanta su voz también contra el pueblo en su conjunto, si bien con gravamen mayor de sus dirigentes, de ir tras “otros dioses”, los ídolos fascinadores de la fertilidad y la abundancia, del goce y la orgía por un lado; y los ídolos de la riqueza y el poder, del botín y despojo, de la guerra y la muerte por otro. “Y todavía continúan pecando: se han hecho una imagen fundida con su plata” (Os 13,2), “Ay de quien dice al madero ‘despierta’, ‘levántate’ a la piedra muda” (Hab 2,19).

Algunos profetas más cercanos al mundo cultural como el sacerdote Ezequiel, el hijo de sacerdotes Jeremías y el *levítico* Oseas, llamarán a esos cultos adulterio y prostitución; pero más al fondo, todos los profetas verán ahí una temible idolatría del poder y las riquezas, que no sólo no son dioses, sino que son nada y vergüenza; peor aún, son ídolos de muerte que exigen víctimas humanas, la mayoría de las veces la vida de los más pobres y excluidos.

Pone pleito a las naciones extranjeras. El profeta levanta su voz contra las naciones extranjeras no es el desconocimiento del Señor o el culto a otros dioses el motivo desencadenante, sino aquellas conductas inmorales que condenan: la esclavitud y deportación masiva, las masacres, especialmente de niños y mujeres hasta embarazadas, el despojo y la explotación, los enormes tributos y la rapiña y trampas comerciales. “Ay de la ciudad de

sangre, toda ella llena de mentira y rapiña, de incesante pillaje!" (Nah 3,1).

En definitiva la opresión y represión sangrientas y la expoliación y explotación económicas, junto con la imposición de sus *dioses*; con sus mitos y ritos que justifican ideológicamente a esos ídolos de muerte. Hay que notar que estas conductas están condenadas no sólo cuando afectan a Israel, sino también cuando las víctimas son otros pueblos. "¡Ay de la rebelde, la manchada, la ciudad opresora" (Sof 3,1).

Más fuertemente aún denuncian los profetas cuando tales opresiones y explotaciones acaecen en el pueblo de Dios por obra de sus propios dirigentes políticos y los económicamente pudientes.

1.2. La esperanza del profeta

La última palabra del profeta no es la querella, sino el anuncio de la salvación. Dios mismo vuelve a dar futuro y esperanza a los hombres en medio de los conflictos y opresiones históricas. Los profetas, pese a la densidad del extravío del ser humano no deja de despertar esperanzas, caminos y espacios de liberación en medio de tanta oscuridad.

Aunque es verdad que los textos proféticos están llenos de "oráculos de juicio" y anuncio de castigo, ninguno de ellos carece de señales de esperanza y apelaciones al cambio y la conversión. Ellos mismos saben muy bien de la dura cerviz del ser humano, pues es rebelde.

Dios, al dar su palabra, se convierte en el mejor garante del sentido de esta espe-

ranza: "Yo te llevaré al desierto y allí te volveré a hablar de amor" (Os 2,16). Esta confianza última en Dios la mostraron los profetas:

Isaías, con ocasión de la guerra siro-efraimita, anuncia el nacimiento del "Enmanuel", hijo del rey Ajaz probablemente, que será "*Dios con nosotros*" (Is 7,14).

Jeremías comprará un campo en su pueblo Anatot cuando los babilonios están devastando el reino de Judá en el 587, afirmando que se volverán a comprar campos y sembrar viñedos en su patria ahora arrasada. Y ofrecerá mejores días al pueblo desterrado en Babilonia, aunque necesite paciencia histórica y adaptación a las presentes circunstancias (cf. Jer 32). La obra de Jeremías en el destierro, llega a hablar de una Nueva Alianza en que Dios perdona el pecado y suscita una respuesta en el interior del ser humano (Cf. Jer 33).

Ezequiel, el tenaz anunciante de la caída de Jerusalén a causa de sus crímenes abominables, no claudicará en su sueño del Nuevo Templo de Dios, con una fuente de aguas vivas, capaces de transformar las sequedades del desierto de Judá. Así dice el Señor: "Yo tomaré la copa de un gran cedro y de la punta de sus ramas escogeré un ramo y lo plantaré yo mismo. Echará ramas y dará frutos" (Ez 17,22.23).

Isaías II (Deuteroisaías), a mediados del siglo V a.C., se olvida de las acusaciones y advertencias, para convertir su profecía en un mensaje de consolación y

esperanza al pueblo habituado a su destierro; sin confianza en sí mismo ni en su Dios: “Consulen a mi pueblo, consuelen (Is 40,1). Promoverá con su mensaje, la soberanía total y exclusiva del Señor sobre el mundo y la historia, los pueblos y los ídolos. Empujará a aceptar la Misión de Siervo del Señor, cuyo sacrificio Dios mismo convertirá en fuente de perdón y salvación para todos (cfr. Is 53).

Isaías III (Tritoisaías) llegará a hablar de un “*cielo y tierra nuevos*” y del Espíritu que lo unge para llevar la “*Buena Nueva a los pobres*”; y hasta se atreve a pedir: “*Ah, si rompíes los cielos y descendieses*” (Is 66,22).

Las esperanzas proféticas son concretas y transcurren dentro de la historia. Crean concreciones y engendran utopías.

2. *La historia del perfume derramado. Breve recorrido histórico del profetismo en Israel*

Los profetas de la Biblia fueron hostigados y censurados, difamados y hasta acusados de embaucadores, farsantes, impostores y hasta de palabreros mentirosos. Corresponde describir, aunque con sobriedad, el proceso histórico para comprender el alcance, la fuerza y las diferentes características que tuvo este movimiento a lo largo de su trayectoria.

El profetismo brotó a partir de la necesidad de indagar a Dios por la vida, por la historia, por el curso de su fuerza y sobre todo por su necesidad de conocer su voluntad. El profeta acude a Dios porque quiere preguntarle, como intermediario, sobre su querer, su sueño, su visión sobre cualquier asunto. De igual modo, el profeta es elegido por Dios para hacer oír su voz.

Moisés se constituye en el origen personal del profetismo. Samúel es el origen colectivo del profetismo como fenómeno social y religioso constituido; se encuentra en los momentos previos a la monarquía. La primera persona a quien se la llama profeta es Samuel².

De Samuel se nos dice que era “vidente”, que vivía en Ramá y que actuaba en los santuarios de Betel, Guilgal y Mispá, principalmente (1 Sam 7,15-17). La profecía era su medio de vida, recibía donativos de la gente por sus consultas (9,6-8). También en ocasiones dirigía el culto (7,9s; 9,12s).

Su denominación como “vidente” está reflejando la diversidad terminológica por la que el profetismo israelita fue pasando en su historia. Y en este sentido se explica el texto de 1 Sam 9,9: “Antiguamente en Israel, cuando se iba a consultar a Dios, se decía: ‘Venid, vamos al vidente’ Pues al que hoy llamamos profeta (nabi) antes se le llamaba vidente (roeh)”.

² Investiduras similares aplicadas a Abraham (Gen 20,7), a Moisés o a su hermana María (Ex 15,20), incluso a la juez Débora (Jue 4,4), es mejor considerarlas improcedentes.

El recuerdo y la presentación de su ministerio está muy retocado por la teología deuteronomista, que le propone como modelo y patrón de la profecía auténtica. En este sentido encarna la tan consagrada tarea profética de denunciar y corregir al pueblo, invitándolo a la conversión e intercediendo por él ante Dios: “Samuel dijo a todo el pueblo de Israel: ‘Si quieren convertirse al Señor de todo corazón, quiten entre ustedes los dioses y diosas extranjeros, vuelvanse hacia el Señor y adórenlo sólo a él, y el Señor les librará’” (1 Sam 7,3-8).

Samuel representa la crítica que condena a la familia infiel de Elí, que representaba la institucionalización del sacerdocio y los abusos a los que se puede prestar. Las instituciones, tanto políticas como religiosas, se desviaron de sus finalidades, como promover y defender la vida, y caían también en corrupción. Así poéticamente dice el texto: “los hijos de Elí eran unos malvados pues no respetaban al Señor” (1 Sam 2,12), “el joven Samuel estaba al servicio del Señor con Elí. La palabra del Señor era rara en aquel tiempo y no eran frecuentes las visiones... Ya le he hecho saber que voy a castigar a su familia para siempre, porque él sabía que sus hijos ultrajaban a Dios y no los corrigió” (1 Sam 3,1.13).

Samuel denunció al pueblo sus pecados contra Dios: ordinariamente dos, la

idolatría y las injusticias sociales. Siguiendo la misma línea de Elías quien proclamaba con la fuerza de su palabra y de sus acciones la soberanía absoluta de Dios frente a otros dioses (1 Re 18,20-40) y reclamaba la coherencia entre lo que hoy podríamos llamar ética y fe (1 Re 21,17-20)³. Éste será el patrón que continuará la profecía posterior⁴.

2.1. La época del oro del profetismo. Los profetas del siglo VIII

El tiempo cumbre del profetismo en Israel empieza en el siglo VIII y dura hasta el regreso del exilio de Babilonia en el siglo VI. Surgen en esta época escritos con los mensajes, oráculos y palabras de algunos profetas, cuyo contenido y expresividad dependen de la singularidad de sus protagonistas y de las circunstancias sociales, políticas y religiosas en las que vivieron.

En esta época prevalecen cuatro grandes profetas: Amós y Oseas, en el reino del Norte (Israel), e Isaías y Miqueas, en el reino del Sur (Judá). Para el Norte estos son los dos últimos profetas ya que Israel como reino desaparecerá con la invasión del Imperio Asirio en el 721.

Los profetas se concentran casi únicamente en su ministerio. Su nombre lo define con claridad. Se dice de Oseas, por ejemplo, que estaba casado con una pros-

³ Vivió en torno a los santuarios, ligados a veces a actividades cúlitas (1 Re 13,1ss; 14,1-3). Intervino en los conflictos bélicos, alentando el fervor patriótico e invocando la ayuda divina en favor de Israel (1 Re 22,6).

⁴ El tiempo que abarca desde estos inicios hasta el siglo VIII se conoce como período preclásico. Junto a Samuel, y entre un gran número de profetas anónimos, encontramos importantes figuras como Gad, Débora, Natán, Ajías de Silo, Miqueas, Elías y Eliseo.

tituta que le era infiel, como infiel y adúltero era Israel, que abandonaba a Dios, su único esposo, andando detrás de otros dioses, llamados amantes. De esta manera, se distancian de la práctica habitual de los profetas profesionales, los de oficio, los que estaban al servicio del poder establecido, normalmente como signo de pérdida de identidad.

Los profetas de este siglo emplean un lenguaje, que si bien es sencillo también es lo suficientemente claro, duro y hasta obstinado. Las expresiones en sus mensajes y en sus palabras, sean en el ámbito que sea como el litúrgico, sapiencial o jurídico, están cargados de sentimientos de pasión, de entrañas de indignación y de consuelo.

Amós (*"Yahvéh ha llevado"*). Actuó entre los años 760 y 750 en lugares como Betel, Samaría y Guilgal⁵. Su labor no era la del profeta profesional, oficial, amarrado al templo y vendido al poder: "Amasías, sacerdote de Betel, mandó a decir a Jeroboám, rey de Israel: Amós está conspirando contra ti en medio del pueblo de Israel; el país no puede ya soportar todas sus palabras. Porque así dice Amós: "Jeroboám morirá a espada e Israel será deportado lejos de su tierra". Y Amasías dijo a Amós: "Vete, vidente, márchate de Judá..." (Am 7,10-13).

Con dignidad y coherencia, Amós contestó: "Yo no era profeta ni discípulo de profeta, sino que me dedicaba a cuidar el ganado y cultivar higueras" (7,14).

Como podemos ver, el lenguaje –en sus mensajes y palabras– era tenaz, vehemente y desnudo. Se destaca por la inexcusable advertencia de una intervención de Dios: está cerca el "día de Yahvé": "Aquel día, levantaré la choza caída de David; repararé sus boquetes, levantaré sus ruinas y la reconstruiré como en los tiempos antiguos" (9,11).

Los profetas oficiales de los santuarios y la corte interpretaban la bonanza material como un signo de la bendición divina. Todo iba bien, pero aún faltaba culminar este progresivo ascenso: llegaría el esperado "*día de Yáhve*" en el que Dios sometería a todos los pueblos, encumbrando al suyo. Amós desenmascará esta falsa ilusión. Ciertamente llegará este día de juicio, pero también contra su pueblo; y porque es más pecador que los demás, será mayor su castigo (5,18-20).

La situación económica en el reino era próspera en estos momentos, pero, como tantas otras veces, aquí o allá, más cerca o más lejos, la distribución era injusta. Lo peor de todo es que los pastores, las autoridades civiles y administrativas del pueblo, junto a los poderosos, asaltaron, hasta matar a los más débiles, abusando de ellos y de sus bienes, enriqueciéndose a costa de ellos: "Así dice el Señor: son ya tantos los crímenes de Israel, que no le perdonaré. Porque venden al inocente por dinero y al necesitado por un par de sandalias; porque pisotean en el polvo de la tierra la cabeza de los pobres y no hacen justicia a los indefensos..." (2, 6-7a).

⁵ Nacido en Técoa, población al sur de Jerusalén.

Las faltas más graves que, a juicio del profeta, cometen los poderosos, los acaudalados, los dueños del país son:

- El latrocinio y la depredación con los empobrecidos: “¡Ay de los que se sienten seguros en Sión y viven confiados en la montaña de Samaría, los que se creen jefes de la nación más importante, y a quienes acude el pueblo de Israel! [...] Duermen en camas de marfil; se apoltronan en sus sillones; comen los corderos del rebaño y los terneros del establo;... Beben vinos en elegantes copas y se ungen con delicados perfumes, sin apenarse por la ruina de José. Por eso irán al destierro a la cabeza de los deportados...” (6,1.6.7).
- El culto falso y pervertido que practican (4,1-5; 5,18-26): “Odio, desprecio sus fiestas, me disgustan sus celebraciones. Me presentan holocaustos y ofrendas, pero yo no los acepto, ni me complazco en mirar sus sacrificios de novillos gordos” (5,21-22).
- Las hipocrecías culturales con las que pretenden ocultar sus pecados delante de los ojos de Dios y las injusticias en contra del derecho, en contra de la dignidad humana: “Ellos cambian el derecho en amargura y echan por tierra la justicia.... Por eso, porque pisotean al pobre y le arrebatan el impuesto del grano, no habitarán esas casas de piedras labradas que se han edificado...” (5,7.10-17).

Para Amós sólo una cosa podría salvarlos: la búsqueda sincera de Dios (5,4-6), que se concreta en la práctica del derecho y la justicia y la defensa de los débiles (5,14).

Oseas (“Yahvéh ha salvado”). Su matrimonio representa un importante papel simbólico en su profecía, así como sus tres hijos: *Yizreel* (“Dios siembra”) *Lo Rujamah* (“no compadecida”) y *Lo Ammi* (“no mi pueblo”)⁶.

La profecía de Oseas coincide con la de Amós, sobre todo en el tema de la infidelidad a Dios, tanto en la idolatría como en la injusticia. Israel ha abandonado a su Dios, como ha hecho su esposa con Oseas, yéndose tras sus amantes. Y al igual que la esposa de Oseas, el pueblo no reconoce que, en realidad, es su esposo, el Dios de Israel, quien de verdad la quiere. Movido en sus entrañas, Dios ensaya rechazar a su esposa; pero sus sentimientos hacia ella se lo impiden y decide intentar enamorarla otra vez; la llevará al desierto, donde se conocieron por primera vez y allí volverá a conquistarla (2,4-25), pero Israel es una esposa obstinada y no vuelve a Dios.

Oseas denuncia enérgicamente los abusos, apelando, a los valores del derecho, de la justicia, de la fidelidad y del amor. Para Oseas la prostitución del pueblo no es sólo idolatría (4,11-14), sino explotación y opresión (5,10-12), también unas alianzas políticas con otros imperios

⁶ Oseas actuó en Samaría, Betel y Guilgal, entre otros lugares, probablemente entre los años 750-725; no conocemos su oficio, pero sí que estaba casado con **Gómer**, una prostituta.

o potencias extranjeras (5,13-15; 12,2), los golpes de Estado (7,3-7), la confianza en el poder militar (10,13-14) y las riquezas (8,14; 12,9).

En contraste con el rigor de sus acusaciones, Oseas abre camino a la esperanza, apelando a la conversión: “Yo sanaré su infidelidad, los amaré graciosamente” (14,2).

Junto a la imagen sponsal, Oseas emplea la paterna. Dios es para Israel un padre; y como tal, con todo cariño lo amonesta y corrige; una vez más sin resultado. Y, aunque le entran ganas de acabar con este hijo perverso, otra vez sus sentimientos entrañables por él se lo impiden (11, 1-11): “Póorque yo soy Dios, no un hombre; en medio de ti yo soy el Santo, y no me complazco en destruir”.

Para Oseas, que habla en nombre de Dios, el verdadero culto a Dios sólo puede venir de mano de una intachable y generosa conducta: “Porque quiero amor, no sacrificios, conocimiento de Dios, y no holocaustos” (6,6).

Isaías (“Yahvéh es liberación”). Es un profeta de Judá cuyo ministerio se acopia en los primeros 39 capítulos del libro del mismo nombre, conocidos como Proto-Isaías o Isaías I. Su predicación tiene lugar en Jerusalén y está muy vinculada al templo, donde recibe su vocación en torno al 740 (6,1-13). Sus orígenes pueden estar vinculados a la aristocracia de la capital, e incluso a la familia real. Su predicación se extendió, al menos, hasta el 701. Este profeta también denuncia, como sus pre-

decesores, las injusticia y la idolatría. En sus oráculos, con mucha elocuencia y belleza, imprecas al poder.

Enjuicia a los gobernantes del país, religiosos y políticos, por su lujo y orgullo, su desmedida codicia y sus injusticias: “Voy a cantar en nombre de mi amigo el canto de mi amigo por su viña: mi amigo tenía una viña, en una fértil colina. Cavó la tierra, quitó las piedras, plantó cepas selectas, construyó en medio una torre y allí excavó un lagar. Esperaba que diera buenas uvas, pero dio racimos amargos. Pues bien, habitantes de Jerusalén, hombres de Judá, tomen partido por mí o por mi viña... Esperaba cumplimiento de la ley y no hay más que asesinatos, esperaba justicia y sólo hay lamentos” (5,1-3.7b).

Enjuicia a los políticos. Isaías condena la búsqueda de seguridad mediante los medios humanos, sólo Dios es el verdadero garante de la paz y la prosperidad. A la fe en Dios se oponen la desconfianza y la duda. Cuando el rey teme por la estabilidad de su trono, el profeta le anunciará que Dios es realmente la base de su seguridad: “El Señor mismo les dará una señal: miren, la joven está encinta y da a luz un hijo, a quien pone el nombre de Enmanuel, Dios con nosotros” (7,14).

Este descendiente del rey, cuya llegada anuncia el profeta, traerá la paz y la justicia y consolidará el trono de David. Durante su reinado no habrá ni rebeldía contra Dios ni opresión sobre los débiles (7,1-17; 11,1-6).

Miqueas (“¿quién como Yahveh?”). Es el último profeta de este periodo⁷. Miquéas insiste en la cólera de Dios, pero mitigada por su misericordia. Censura los ritos litúrgicos cuando no van acompañados de integridad ética: “...¿Con qué me presentaré ante el Señor y me postraré ante el Dios de lo alto?... Se te ha hecho saber, hombre, lo que es bueno, lo que el Señor pide de ti: tan sólo respetar el derecho, amar la fidelidad y obedecer humildemente a tu Dios” (6,1-8).

En un lenguaje duro y directo ataca a la idolatría y a la injusticia (1,2-7; 2,2-11), acusa a los dominadores que despreciaban el derecho y oprimían al pueblo: “Edifican Sión con sangre y Jerusalén con injusticia” (3,10).

Denuncia la corrupción de los jueces, sacerdotes y profetas profesionales, oficiales del poder establecido: “Sus jefes juzgan con soborno, sacerdotes enseñan a sueldo sus profetas vaticinan por dinero y se apoyan en Yahveh diciendo: ¿no esta Yahveh en medio de nosotros?(3,11).

Podemos pensar que Miqueas pertenecía al mundo pobre en una sociedad en ruinas. Ante las palabras del profeta, Judá hace oídos sordos a sus denuncias. Judá camina hacia la ruina (2,6-11; 3,58). A la tosudez del pueblo, Dios reacciona castigando al pueblo. Castigo pedagógico pues, incluso ahora, Dios no quiere exterminar al pueblo, por sus entrañas, que

aman. Para ello, lo salvará sirviéndose de medios muy humildes, porque los grandes de su pueblo han sido la causa de su perdición. La salvación brotará de un lugar muy pequeño e insignificante: Belén (5,1-3). Pero esto no sucederá de inmediato, sino después de un tiempo de prueba y purificación (4,1-14).

2.2. Época de prueba y conversión. Profetas del siglo VII

Ya sólo encontramos a estos mensajeros divinos en el reino de Judá, porque Israel ha sido tragado por el Imperio Asirio. Fluye en sus mensajes la cercanía de un juicio y una sanción de Dios, pese a que la caída de su hermano Israel, que fue una advertencia para él. Tendrá que asumir su negligencia. Nada le servirá de disculpa, ni siquiera el hecho, tenido como garantía, de que su rey es el descendiente de David.

Varios son los profetas en estos momentos, entre los que destacan Jeremías (“Yahveh levanta/abre”) y Sofonías (“Yahveh protege”).

Jeremías. Es el mejor profeta que se puede conocer, tanto por sus narraciones sobre él (36-45) como por sus conocidas confesiones (11-12; 15;17-18; 20): “Dejé mi casa, abandoné mi heredad, entregué el cariño de mi alma en manos de sus enemigos. Se ha portado conmigo mi heredad como un león en la selva: me acosaba con

⁷ Oriundo de Moréset, a 35 km al suroeste de Jerusalén, fue un gran defensor de la justicia social. Quizá profetizó entre el 722 y el 701.

sus voces; por eso la aborrecí” (12, 7-8). “Sábelo: por ti he soportado el oprobio. ¿Por qué ha resultado mi penar perpetuo, mi herida irremediable, rebelde a la medicina?” (15, 15b.18). “Estáte atento a mí, Yahvé, y oye lo que dicen mis contrincantes. ¿Es que se paga mal por bien? (porque han cavado una fosa para mi persona)” (18, 19. 20).

Jeremías, por lo tanto, fue un profeta, no sólo vehemente en su predicación, posee mucho valor en el momento de enfrentarse a las autoridades corruptas y muestra hasta violencia en algunos de sus oráculos⁸, pero, aunque parezca paradójico, es también muy frágil en su interior: “¡Maldito el día en que nací! ¡el día en que me dio a luz mi madre no sea bendito!... ¿Para qué haber salido del seno, a ver pena y aflicción, y a consumirse en la vergüenza mis días?” (20,14.18).

El mensaje de Jeremías aborda los problemas inmediatos del momento: idolatría, opresión, indiferencia religiosa... Estos pecados, intolerables para Dios, van a provocar su juicio, un juicio terrible. De él procede la imagen del día de la ira, del que nadie podrá escapar; aunque se salvará un pequeño grupo, un “pueblo humilde y pobre... el resto de Israel” (3,11-20).

Frente a este resto humilde, las clases dirigentes, causantes del castigo divino, son objeto de las más duras críticas: los jefes son leones rugientes; los jueces, lo-

bos nocturnos; los falsos profetas, presuntuosos e impostores, y los sacerdotes, profanadores de las cosas santas y violadores de la Ley (3,3-4).

2.3. Época de purificación. Profetas del siglo VI

Los dos grandes profetas de este tiempo, ambos en tierras de Babilonia y entre los exiliados, son Ezequiel (“Dios fortalezca al niño”) y el Deuteroisaías o Isaías II. A ellos les corresponde la tarea de reconstruir la fe y la esperanza de su pueblo.

El exilio había supuesto para todos un duro golpe. Tanto así, que para los más ácidos era la prueba clara de que Dios los había traicionado o, al menos, había resultado impotente frente al poder de los enemigos y el de sus dioses. Ezequiel y el Deuteroisaías, paradójicamente a estas palabras y conjeturas, aclaran que la caída de Jerusalén fue el justo castigo de Dios por los pecados del pueblo. Si se hubiera convertido, Dios hubiera cambiado su suerte; pero no fue así. Con todo, el Señor se dispone a perdonar, y no por los méritos de su pueblo, sino por el amor que le tiene. Dios es fiel y no olvida nunca a los suyos.

Ezequiel. Parece, por los datos que se tienen, que es uno de los deportados a Babilonia el año 598, cuando era aún muy joven. Pertenecía a una familia sacerdo-

⁸ Su origen es benjaminita, nacido en Anatot, a 6 km al nordeste de Jerusalén. A pesar de pertenecer al reino de Judá, sus tradiciones familiares dan menos trascendencia al templo y a la dinastía davídica de lo que habíamos visto en Isaías.

tal. Como en el caso de Jeremías, se observa en su ministerio un giro importante. Antes del exilio sus palabras son insistentemente de condena y anuncia la catástrofe. Después, cuando ya no hay remedio, lo que percibe de Dios es la posibilidad de un nuevo futuro.

Ezequiel predica entre los deportados, sus palabras ya no intentan mover a conversión, sino arrancarles de la añoranza de un tiempo ya terminado y condenado por el juicio divino. No hay que mirar atrás y anhelar una situación que ya no volverá, hay que mirar hacia delante y buscar caminos nuevos. Todo será posible para quien se convierta, pues Dios, con su castigo, no busca la muerte del pecador, sino su conversión (18,21-23). Ezequiel aporta aquí una novedad respecto a este tipo de oráculos, relaciona la suerte de estos pueblos con la de Jerusalén (25-32).

Ezequiel, como Jeremías, anuncia que Dios hará surgir un nuevo pueblo a partir de los que habían sido arrojados de su tierra. Pero para ello es necesario que se conviertan. Dios congregará de nuevo el rebaño que los malos pastores habían dispersado (c. 34); su espíritu hará resurgir la vida donde sólo hay unos huesos secos (c. 37). Porque, en definitiva, el plan de Dios triunfará sobre todos los enemigos de su pueblo (c. 39).

Segundo Isaías. Se conoce con este nombre a un profeta anónimo que actuó entre los deportados posiblemente entre el 553 –cuando comienzan las campañas del rey persa Ciro el Grande– y el 539 –momento de la rendición de Babilonia–. Sus profecías se agregaron al libro del

profeta Isaías del siglo VIII (de ahí su nombre). Le pertenecen los capítulos 40 al 55.

Tras varios años de exilio, que habían ido minando las esperanzas de los israelitas y acomodándolos a las nuevas circunstancias, el profeta lanza un mensaje sorprendente: “Consuelen, consuelen a mi pueblo, –dice tu Dios– hablen al corazón de Jerusalén, grítenle que se ha cumplido su condena y que está perdonada su culpa, pues ha recibido del Señor doble castigo por todos sus pecados” (40,1).

Este mensaje tan consolador debería haber animado el corazón de los deportados, pero parece que Isaías II no encontró mucha acogida. Es probable que la desesperación del pueblo haya sido mayor, que se sintiera olvidado y abandonado de su propio Dios. Por eso el profeta insiste: “Sión decía: me ha abandonado Dios, el Señor me ha olvidado”... ¿Acaso olvida una madre a su niño de pecho, y deja de querer al hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvide, yo no te olvidaré (49,14-15).

El Deuteroisías tuvo que vencer un poderoso adversario: la resistencia de su propio pueblo, que se ha cansado de esperar (40,27), tiene miedo (41,13-15), es ciego y sordo (42,18-20), pecador (43,23-24), falso y obstinado (48,1-8).

Aun así, su mensaje es claro: el Señor restaurará la suerte de Sión y encumbrará a sus hijos en lo más alto. Y para animar a los abatidos, este profeta exalta el poder de Dios, que es capaz de hacer las mayores hazañas.

2.4. Época de adaptación y de agonía. Siglo VI en adelante

Después de los tenidos como grandes profetas del siglo VI (Ezequiel y Deuterocroisaiás) vienen, como sucesores, otros profetas algo venidos a menos pues sus mensajes son reiterativos y menos originales. Tratan, y en eso está puesta su fuerza, de adaptar a la nueva situación las profecías anteriores. Entre los profetas de esta época cabe mencionar, quizás en este orden cronológico: Isaías III (Is 56-66), Ageo, Zacarías I (Zac 1-8), Malaquías, Abdías, Joel y Zacarías II (Zac 9-14). El futuro es visto con gran esperanza de Dios. Los puntos de mayor inquietud son el Templo y la Ley, que definitivamente serán los dos grandes cimientos que servirán para la unión y la restauración del nuevo pueblo (Zac 6,9).

A finales del siglo III la gran profecía se muestra agonizante. Aparece, en su lugar, la apocalíptica. El contexto de este tipo de literatura es una crisis de la nación. Su avance coincide con el debilitamiento de la profecía (a mediados del siglo II). Se sustenta en la exigencia de una penitencia nacional, en una oposición a influjos extranjeros (en esos tiempos, el helenismo) y una esperanza en la próxima intervención divina.

La apocalíptica, heredera de la profecía, confirma las antiguas promesas para el tiempo futuro y, a su vez, las relaciona con el tiempo presente. Como artificio literario en este ejercicio, confiere la autoría

de los mensajes a grandes figuras del pasado. De este modo, los genuinos autores se sienten intérpretes actuales de la revelación recogida en la antigüedad. Sus mensajes los revisten de la forma literaria típica de una predicción profética pero ciertamente no lo son.

Entre los escritos destaca el libro de Daniel ("Mi Dios es mi juez")⁹. Daniel se hace presente en un escenario en el que estaban en juego la identidad religiosa y cultural judía, sus valores, instituciones, creencias... En este contexto el libro pretende, de modo apologético, mostrar la nobleza y valor del judaísmo y sus grandes principios como la primacía de la Ley y el monoteísmo. Su texto es poco uniforme y no existe unanimidad en sus distintas versiones. La hebrea no tiene algunos pasajes conocidos por la griega, como son la oración de Azarías (3,25-45), el cántico de los tres jóvenes (3,51-90), o los relatos de Susana (13).

Conclusión

Hemos hecho un breve recorrido por el profetismo del Antiguo Testamento, intentando buscar el aroma que fue dejando el perfume de la profecía, para ver que no estamos muy lejos de la realidad que denunciaron los profetas. Lamentablemente, asistimos a una sociedad que se enfrenta día a día a una violencia creciente, donde los derechos de cada ser humano son pisoteados y ultrajados.

⁹ Obra tardía que, aunque con posibles materiales antiguos, se terminó de escribir a mediados del siglo II a.C.

Es esta realidad que hace imperiosa la voz del profeta, porque el único compromiso del profeta es con la verdad y con la palabra de Dios que le quema el corazón, lo cual implica muchas veces conflicto y hasta muerte (Hb 4,12-13).

Descubrimos con los profetas que poseer un espíritu profético no consiste tan sólo en comprender la realidad, ni siquiera experimentar ante ella bronca y desagrado, coraje e ira, sino que se trata de *sentir* que Dios no descansará en ella hasta que el corazón humano vuelva a él; se trata de *creer* que el ser humano está hecho para la vida y no para la muerte.

Por eso, la palabra del profeta expresa consuelo, cobijo, salvación y engendra esperanza en el corazón humano (Os 14,2-9), aunque no es iluso e ingenuo respecto a la realidad en la que se manifiestan los egoísmos de las personas y los grupos. En el centro de su predicación está la llamada a la conversión, porque cree que Dios es capaz de cambiar el corazón de aquellos

que se abren a la acción de su Espíritu. Su esperanza brota de la experiencia de la presencia de Dios en el mundo y en la historia. Es una esperanza germinada y afianzada en medio del dolor, pero que, por eso precisamente, toca las vidas de las personas que no ven salida a sus situaciones personales o de pueblo (Is 11,1-9; 2,2-12; Je 32).

En definitiva, la profecía no es sólo respuesta, es también pregunta y anhelo, y desde ahí se transforma en requerimiento, denuncia, orientación, sueño, visión, creatividad y esperanza de una vida digna para todo ser humano. La profecía brota de Dios, por eso no hay quien pueda silenciarla. Los profetas y las profetisas surgirán de todos los rincones de la tierra, ya que ella hunde su raíz en Dios y en la vida.

Quisiera terminar con una frase de E. Sábato que expresa el espíritu profético derramado en la humanidad: "A la vida le basta el espacio de una grieta para renacer"¹⁰.

¹⁰ La resistencia, p.108.